

real; y á esta misma sazón llegó una buena compañía de Lorca, compuesta de cuatrocientos soldados, bien armados todos, y cuyo valeroso capitán se llamaba Juan Mateo Rendon de Luna, hombre hidalgo y distinguido. Dieron noticia del arribo desta compañía al marqués, quien se holgó mucho saliendo á ver la gente á la puerta de su posada, y observando que venía equipada tan bien. Su excelencia, que estuvo allí algunos dias aguardando cierta orden del rey, mandó que se llevaran á la iglesia las moras para repartirlas entre los capitanes y soldados; y hécho esto así fueron llevadas luego á los Vélez, á Lorca y á otras partes. Mas porque ya nos aguardan el reyecillo y el marqués de Mondéjar, daremos fin á este capítulo diciendo primero el romance relativo á lo pasado.

El campo del buen marqués,
Que Fajardo se decía,
Parte de Guécija en orden
Ya después de mediodía.
Concertadamente marchan
De cinco en cinco las filas,
Y allá al ponerse del sol
Encuentran con don García,
Que volvía ya de Félix,
Y ver su gran morería,
Dándole aviso al marqués,
Y de cómo se volvía
Sin osar acometer
A las moriscas cuadrillas.
El marqués pasa adelante;
Después de Guécija,
Hizo el campo en la campaña
Alto en esta noche fría.
Un agua viento le coge
Con mucha nieve esparcida,
Que le pone en gran trabajo
Y muy crecida fatiga;
Mas rompiendo el alba clara
Muy bello se muestra el día.
Manda el marqués que se dé
Munición muy bien cumplida
De pólvora al campo todo
Para tres ó cuatro días.
A Félix el campo parte
Con placer y gallardía;
Lorca lleva la vanguardia,
Murcia de batalla iba,
Gehegin y Caravaca
La retaguardia regían.
El campo á Félix descubre
Desde un monte que allí había;
Manda el marqués que descienda
El campo de aquella cima,
Y que se ponga en lo llano
Así marchando como iba.
Mas bien cerca del lugar
Un grande escuadrón había
De aquella morisca gente

Que con valor insistía,
Aguardando la batalla
Que el marqués darles quería.
La vanguardia los embiste
Antes que el marqués lo diga,
Y los moriscos descargan
Toda su arcabucerta;
No cargan segunda vez,
Porque la gente se anima
De aquel escuadrón cristiano,
Y ataca con gallardía.
Los moros que ven tal campo
Y tanta caballería,
Al lugar se retiraron
Por encontrar mejoría.
Arretraron los cristianos,
Y Santiago apellidan;
Los moros dan á huir
Cada uno cual mas podía;
Otros tomaron un cerro
Que junto al lugar había,
Y otros tomaban la sierra
Que de Gádor se decía;
Otros van acia la mar
Por una derecha vía.
El marqués que aquello vido
A su buen caballo pica,
Y por los moros se mueve
Con gran valor y osadía.
Los de á caballo le siguen,
Y todos van á porfía.
Matando moros y moras
Que se iban á la marina.
Todo el lugar se saquea,
No dejan persona á vida,
Y tanta es la crueldad
De las cristianas cuadrillas,
Que mas de ocho mil fenece
De la canalla morisca,
Entre niños y mujeres,
Que al verlos es gran mancilla;
Sin otra gente de guerra
Que murió en aqueste día.

CAPITULO IX.

En que se pone cómo el reyecillo tuvo consejo de guerra, lo que se proveyó en el acuerdo, y cómo le persiguió el marqués de Mondéjar, dándole batalla en un lugar llamado Paterna.

Ya contamos cómo Abenhumeya salió desbaratado del puente de Tablate, habiéndose ganado á fuerza de armas aquel paso tan peligroso por el marqués de Mondéjar, que no hizo poco en conseguirlo. El reyecillo se fué de paso á las Guajaras, y dejando allí á Zarrea y Gironcillo, valientes y sagaces capitanes, se metió en Andarax con grande ejército, contando ya de seguro con que el Gran Turco le enviara buen socorro, conforme le tenían escrito el Ochalí, rey de Arjel, y su hermano don Luis. Así pues mandó un día juntarse á los capitanes mas valerosos de su ejército, y á las gentes principales que le seguían, y sacando las cartas que había recebido del Ochalí, las mandó leer, esforzando las vanas esperanzas que tenía del socorro prometido por el turco; y mostrando en su persona aquella gravedad que corresponde á la persona de un rey, comenzó á hablarles desta manera:

«Valerosos y fuertes capitanes: ya sabeis que por la gracia del santo Alá y del profeta Mahoma, hemos llegado al estado en que ahora estamos á punto de conquistar nuestra dulce libertad, y salir fuera de la opresión de los pérfidos cristianos, que tantos años hace nos tienen oprimidos y puestos en dura servidumbre, como si fuéramos sus esclavos. En daño suyo nos dieron armas para nuestra defensa; y así conviene que por nuestra parte haya reconocimiento del alto beneficio que hemos recebido; espe-

cialmente cuando de levante nos vendrá grande socorro del Gran Señor, según lo ofrecen las cartas de nuestro fiel amigo el Ochalí, rey de Arjel. Conviene pues ahora escribir á Marruecos y Fez, dando cuenta del estado de nuestra guerra á mis cercanos deudos los reyes de aquellas partes, pidiéndoles también ayuda y socorro que no me negarán; á lo cual juntaremos el que se nos ha prometido del reino de Valencia. Con esto serán ciertos y no harán falta los amigos que tenemos en el Albaicín; de manera que con el amparo del santo Alá haremos nuestra la mayor parte de España, y nuestro imperio tornará á tener la estension que antes solía. Así pues, mis buenos y leales amigos, no os ponga temor haber sido en esta última acción algo aventajados, ganándonos el paso de la puente de Tablate, pues esta desgracia pudiera contribuir al logro de nuestro intento, porque, hallándose ya el enemigo dentro de las Alpujarras, será por nosotros mas fácilmente ofendido y maltratado, como que sabemos las entradas y salidas de los pasos mas peligrosos y de los caminos mas ásperos; de manera que en adelante podremos dañarnos á nuestro salvo sin ser ofendidos de sus armas. Y aunque les haya ido bien en las Guajaras, no es tan de balde que no les cueste mas lo perdido que lo ganado, habiendo muerto allí tantos y tan valerosos capitanes; y si esta rota les vino de un solo pueblo mal armado, ¿qué no será cuando todas las Alpujarras estén ocupadas de africanas banderas y de fuertes escuadrones de gente brava y belicosa, bien provista de aventajadas armas? Mas para que arriben á nuestras costas será necesario que antes se tremole nuestro pabellón en la ciudad de Vera, y que demos orden de conquistarla, á fin de que en ella hallen los amigos buen puerto donde sus bajeles estén seguros del impulso de las arrebataadas olas del mar. Ya sabeis que no muy lejos de las embarzadas playas de Vera hay dos puertos famosos, para tal caso convenientes: el uno es el de Aguilas, y el otro está en los Terreros blancos, á la parte de levante; y asimismo á la del poniente están en el Farallon de la mesa de Roldán y la famosa cala del Agua-amarga bastantes puertos en donde se abriguen los navios libicos. Después, si Mahoma fuere servido de que la guerra vaya en adelante con buen suceso, tomaremos el famoso puerto de Cartagena, después de lo cual quedará toda España reducida á nuestro poder. En lo que voy diciendo, valerosos soldados míos, no ha de haber pensamiento de tardanza, porque en ella está el peligro; y así despachemos luego á las partes de Fez mensajeros fieles que nos traigan de allí alegres nuevas y algunas armas, principalmente alfanjes, que encontrarán muy buenos; pues en lo que toca á la escopetería y arcos, por Arjel seremos bien proveidos; al que lealmente nos preste este importante servicio daremos gran premio y mercedes muy crecidas, para que pueda vivir honradamente en lo sucesivo.»

Apenas Abenhumeya acabó su razonamiento, cuando todos los capitanes circunstanciales ofrecieron servirle hasta la muerte, y dijeron que luego se diese orden de bajar á la conquista de Vera, por ser muy necesario aquel presidio, tanto para el desembarque de las africanas gentes, como para la embarcación de los cristianos cautivos que en España fueran haciendo. Concluido este acuerdo, un morisco, natural de Ture, pueblo muy cercano del castillo de Mojacar, se levantó en pie, y dijo, que él y un hermano suyo tenían en cierta parte de la costa una barca grande y muy buena, en la que se ofrecían á pasar á Fez y llevar aquellos recados, si se les daban veinte hombres bien armados. Abenhumeya, dando muestras de mucho agradecimiento y teniendo al morisco por hombre de entera confianza, mandó que se escogieran al instante los veinte hombres pedidos para aquel viaje, y á otro día escribió las cartas concertadas para Fez y Marruecos. El susodicho morisco, llamado Hambrel, partió del campo con sus com-

pañeros, se fué á la parte de Mojacar, y pasó secretamente al cabezo de la Carbonera, donde junto á una rambla él y su hermano tenían una barca muy buena y aderezada de todo lo necesario para la mar; hechas las provisiones correspondientes la botaron al agua, y tomaron en ella por la derrota de poniente la vuelta de Tetuán; pero les dejaremos seguir su viaje para volver luego á hablar dellos en su lugar.

El reyecillo quedó en Andarax dando órdenes sobre lo que se debía hacer en la guerra, y determinó se escribiese al instante á los moros de la sierra de Málaga y Ronda inspirándoles buenas esperanzas del socorro que el rey de Arjel había prometido de parte del turco, y del que recibirían muy pronto de Fez y Marruecos, por lo cual les escitaba á levantarse y estar listos; y aun para confirmacion del caso les envió las mismas cartas originales que el Ochalí le había escrito. No fueron inútiles estas diligencias; porque en su vista, y especialmente á la presencia de aquellas cartas, los moros del valle de Málaga y sierra de Ronda se levantaron luego, poniendo en grande aprieto á los vecinos de la comarca, así como diremos á su tiempo.

En esta sazón se hallaba el marqués de Mondéjar con todo su campo en Ojijar, donde no halló moro ninguno; y deseando, si era posible, acabar esta guerra por bien y por vía de negociacion, practicaba diligencias y mantenía comunicaciones secretas con algunos moriscos; y por estos mismos supo, que entre los levantados había muchos que querían volver á sus tierras, y estar sujetos al servicio del rey, como antes solían. Pero otros eran de distinta opinion, y quien mas desbarataba el suceso eran los mismos cristianos, que por su desordenada codicia de robar se salían del real á escondidas, y por los lugares de los moriscos obraban todo el daño que podían. Así es que viendo se les hacia tanto mal, bajo el especioso nombre de paces, poseía su desconfianza hasta los mas moderados, y se tornaban á levantar. El marqués, con despecho de semejante proceder, determinó por consejo de los varones principales de su campo dedicarse á buscar al reyecillo, y procurar haberle á las manos, contando con que una vez cogido, toda aquella guerra quedaria acabada; en consecuencia, se volvió á echar otro bando ofreciendo el premio de veinte mil ducados á cualquiera que le presentase muerto ó vivo al señor de Valor. Luego tuvo el marqués noticia de que estaba en Paterna con mucha gente de guerra bien armada; y así mandó que su ejército marchara á aquel punto, donde luego que llegó encontró que los moros le estaban aguardando, y saliendo al camino, le acometieron muy reciamente por cuatro partes.

Viéndose el marqués desta manera asaltado, mostrando gran valor acometió á los moros, y dió de improviso el Santiago. Los cristianos pelearon como leones, y ganaron un pequeño fuerte que los enemigos se habian obstinado en defender, y no lo pudieron aun á costa de mucha sangre derramada. La batalla fué reñida, pero al fin salieron vencedores los cristianos como gente mas valerosa, y Abenhumeya principió á retirarse con orden, y siempre peleando: luego vino la noche, y tuvo tiempo para alejarse de aquel punto, y pasar á Valor, su propio lugar. Los cristianos, á pesar del marqués que no quería que los lugares fueran saqueados, saquearon á Paterna, y encontraron allí mucho que robar; pero no hallaron moras, porque ya las habian retirado á otro punto los moros. El marqués permaneció dos dias en Paterna, y partió luego con su campo la vuelta de Andarax, entendiendo hallar allí al reyecillo; pero no le encontró, ni viviente alguno dentro del pueblo. A él vinieron después muchos moros con banderillas de paz; y tratándose della, quedó resuelto que las condiciones se estenderian en Orjiva, para donde partió el marqués; y no encontrando tampoco á nadie, sentó allí su real y permaneció muchos dias.

Con efecto concurrieron los moriscos á pedir paces; y el marqués se las prometió muy cumplidas y seguras, dando á cada lugar de los que las querian una cédula firmada de su nombre, para que ningun capitán ni soldado cristiano pudiese enojarlos en vista de aquella cédula. Los lugares que quisieron paz fueron la Roles, Alcolayar, Pichina y otros muchos pueblos, que sacaron las referidas cédulas del marqués, contando con no ser maltratados ni ofendidos de los soldados en adelante. Pero muy engañado andaba en esto el marqués, pues aunque fuera muy buena su intencion de fenecer la guerra por acomodamiento, sus soldados eran tan bellacos y ladrones que salían por la noche sin ningun orden, y hacían todo el daño que podían en aquellos mismos pueblos que se tenían por mas seguros.

Un capitán llamado Villalta salió de Guadix con mucha gente, y entrando de secreto por el puerto de la Ragua, se fué al lugar susodicho la Roles, y una noche le atacó con tanta brutalidad, que mató á casi todos los moros que moraban allí sobre seguros, y llevándose cautivas á todas las mujeres y niños se volvió á Guadix; sabido esto por el rey, mandó que fuese bien castigado. Otro capitán que estaba en Tiñana, llamado Cuevas, entró de noche con muchos soldados en Alcolayar, pueblo que también estaba sobre seguro, y mató allí á todos los moros, y se llevó á todas las mujeres y los niños. Otro capitán, cuyo nombre no supe, entró una noche en el lugar llamado Pichina, que estaba también de seguro, y le saqueó; mas no le fué muy bien en esta entrada, porque el capitán Gorri con mil moriscos bien armados dieron sobre él, y le mataron cien hombres, quedando malamente heridos los pocos que se escaparon, y dejando todos las armas en poder de sus enemigos; el ruin capitán cristiano huyó á uña de caballo, y no paró hasta que al cabo de muchos dias llegó á Adra.

Estas y otras muchas entradas semejantes se hacían con frecuencia por todas las Alpujarras, dando justo motivo á que los moros tímidos y escarmentados no volviesen á hacer cara á proposiciones de paz, diciendo que las que hacia el marqués de Mondéjar eran ilusorias y de notable engaño; pues después de haber dado á los pueblos cartas de seguro, firmadas y selladas, entraban sus soldados en ellos á mansalva, los saqueaban, mataban á los vecinos, y se llevaban cautivas á las mujeres y á los muchachos. Así pues cundía el levantamiento por todas partes, y los moros procuraban haber armas para defenderse y ofender á los cristianos. Destas cosas nada sabia el marqués, y cuando se lo decían manifestaba sentir grave pesar, y no podia poner remedio en ello. Si ponía guardas por los caminos para que no dejasen salir á los soldados, eran ellos tan grandes bellacos como los que iban á robar y hacer daño. A mí me ha parecido siempre reprehensible la impunidad de estos malos cristianos, en quienes debieron hacerse con frecuencia ejemplares escarmientos, hasta extinguir aquella codicia desordenada del robo que poseía sus ánimos, y trajo á tantos á su perdición; pues no puede decirse sin vergüenza, que por ella murieron mas de trece mil soldados, la flor de España, á manos de una cuadrilla despreciable, compuesta de enemigos desbragados y casi desarmados; y lo que hay mas de maravillar es, que de cuanto robaban, apenas sacaron algun aprovechamiento, y todo se les convirtió en polvo y humo, siendo solamente efectivo el coste escandaloso que tuvo á su Majestad esta infame guerra, por culpa de algunos jefes descuidados ó distraídos.

Volviendo pues al marqués, que estaba inocente destas entradas y salidas, diré que un día, hallándose el campo en Orjiva, se vió venir á un morisco huyendo á toda priesa, y que al parecer traía en un palo alto una toca blanca en señal de paz. El marqués luego que le vió venir mandó alzar en una lanza otro paño blanco para que el moro que

se habla detenido se acercara sin temor. En llegando preguntó el moro por el marqués, y mostrándosele, se fué á su esclencia, postrando en tierra la vara con la toca, y sin hacerle ninguna cortesía, mirándole al rostro, los ojos llenos de lágrimas, le habló desta suerte:

«Oye, marqués, si con justo título gozas de tal nombre, y sabe que el noble tiene obligación de obrar noblemente, y de acudir á las empresas nobles, si quiere ser tenido por tal. Cuando el rey Fernando hizo merced á tu abuelo de las llaves de la famosa Alhambra, no se las dió solamente por su nobleza, sino porque sirvió como noble á su rey en empresas nobles. Tu padre siguió el ejemplo de tu abuelo en algunas cosas, y procedía generalmente como noble caballero. Habiendo quedado entonces este cuidado reino de Granada privado de su nobleza, de su sabrosa y dulce libertad, de su célebre Alhambra, de su deleitosa vega, sin sus amadas frescuras y deleitosos placeres, privado en fin de todo su bien, muchos de sus moradores, como no acostumbrados á estar debajo de tan pesado yugo y dura servidumbre, ni sujetos á tan crecidas pagas, ni acostumbrados á que los atropellaran extranjeras naciones, movian algunas veces escándalos, motines y rebeliones repentinas contra las cristianas gentes, de que procedían grandes agravios, pesados ruidos, castigos frecuentes, muertes crueles; pero tu padre, como noble y magnánimo caballero cortaba los escándalos, apaciguaba á los rebeldes, recababa de su rey inmensa misericordia, alcanzaba perdones generales removiendo obstáculos y disipando discordias: muy al contrario se observa en ti, que en lugar de buscar paz trajiste guerra, por la codicia de tres mil ducados que pediste para tu hijo don Luis, y que de buena gana se te hubieran dado, si no quisieras sacarlos por fuerza, asistido de una cédula de tu rey. Mas este señor, como católico y sabio, entendiéndote bien la demasia de las cargas que pesaban sobre nuestros hombros, y el fin último de tu pretension, te dió, si, la cédula para que percibieses los tres mil ducados siendo voluntad de los moriscos dárteles, y si no, que no se te diesen. Tú, marqués, indignado desde entonces contra el bando morisco, no procediste como noble, y acudiste á la crueldad por causa de tu interés. Al punto mandaste renovar antiguas provisiones, dictadas en daño del reino granadino, por las que se privaba de armas á sus moradores, se les quitaban sus baños acostumbrados, los caballos, los esclavos, y aun su traje habitual y su lengua, no faltando mas sino que después se les mandara degollar. Estas provisiones tan irritantes se dieron en vida de tu padre y abuelo; pero en vez de manifestarlas ó publicarlas, las guardaron y ocultaron, usándo de su antigua nobleza; por amparar y hacer merced á la gente morisca. Mas tú obraste de distinto modo; agenciaste que tu rey las confirmara, y como hombre poderoso y bien emparentado alcanzaste al cabo que se publicaran por pregon con acuerdo del real consejo. Malcontentos, y contra ti indignados los granadinos, se levantaron, y habiéndose ayuntado para buscar remedio á estas cosas en nuestro daño promovidas, principiaron la guerra. Tú tomaste la demanda como general, y vienes persiguiéndonos á banderas desplegadas; abres negociaciones y prometes paz para encender mas la guerra; das cédulas firmadas de tu nombre y selladas con tu sello á los lugares por prenda de su seguridad, y cuando los tienes quietos y asegurados, envias á deshora á tus capitanes para que los saqueen, peguen fuego á las casas, maten á los hombres, y cautiven á las mujeres y niños. ¿Este proceder es propio de un caballero y hombre noble? ¿No ves que jamás los pueblos se fiarán de ti ni de tus cédulas, llenas de engaños, y que lejos de hacer las paces con tu soberano, procurarán acopio de armas, y no respirarán sino venganza de los daños recibidos? Has de saber, marqués, que me llaman el Purcheni, y así llamaban á mi padre, que era muy sabio, y en el arte de la medicina estre-

madamente aventajado; también entendia mucho de las estrellas, la cual ciencia me comunicó, y por ella sé algunas de las cosas que te diré. Esta guerra se acabará costando mucha sangre á los cristianos y grandes espensas á tu rey; quedará perdido enteramente el reino de Granada, y sus moradores irán desterrados á tierras extrañas; los bienes reales desaparecerán, y tú también saldrás de España, aunque con título honroso, dejando otro poseedor de las amadas llaves de la famosa Alhambra: los hijos han de pagar los pecados de los padres, y no te digo cuáles. Mucho me he alargado con lengua atrevida, y sé muy bien que por haberme descompuesto delante de tí soy digno de castigo; pero porque no me le des, triunfaré de mi mismo, y acabaré con esta guerra.»

Dicho esto, el morisco sacó de súbito de una bolsa una pelotilla del tamaño de una agalla ó bala de arcabuz, se la echó en la boca, y luego se tendió en el suelo boca abajo, sin mas volverse á mover. Maravillado el marqués de tal caso, mandó á un soldado que le levantase, y asiéndole de un brazo para hacerlo, no pudo, porque el moro estaba ya muerto. Esto puso en todos grande admiración, y espantados de todo lo que había dicho, y de aquella forma de muerte, mandaron quitar de allí al moro; entonces el marqués habló desta suerte á todos los que estaban presentes.

«En notable confusion me han puesto, gente valerosa, las descomedidas razones que ha pronunciado este moro tan desenfadadamente, y si en algunas cosas ha dicho verdad, en otras anduvo muy errado, como en decir que los tres mil ducados repartidos últimamente en las Alpujarras se pidieron á su Majestad para ayuda de los gastos de don Luis. Es verdad que se pidieron; pero habiendo reclamado sobre ello los moriscos, no pasó mas adelante el negocio ni el rigor de la cédula. Decir que por esto y por vengarme dellos, quedando muy enojado, hice pregonar las antiguas pragmáticas, es falso, y lo juro á ley de caballero; fué asunto acordado en el consejo real, á instancias del arzobispo de Granada don Pedro Guerrero, de otros obispos y prelados, y de varios ministros de aquel mismo real senado, movidos de su propio celo para alcanzar que estos moriscos dejaran sus costumbres y fuesen buenos cristianos. No niego que yo también di mi parecer sobre el particular; pero si fué error hacer semejante diligencia, no fué mio solo el yerro. Sobre lo que dijo de que di cédulas firmadas de mi nombre y selladas con mi sello, notorio es que las he dado; mas que se entienda que los soldados por mi orden asaltasen á los lugares que estaban debajo de mi seguro, es falso, y una mera presuncion de los moriscos, porque Dios me es testigo si dello no me ha pesado mucho en el alma; y por vida de su Majestad, que el soldado ó capitán que se desmande, si cayere en mis manos, que le he de mandar ahorcar, aunque sea el mas noble y aventajado del mundo; pues no es razon que los malos soldados hagan semejantes maldades, y que se quede el general con la infamia.»

Diciendo esto, el marqués mandó luego echar bando para que ningun soldado ni capitán, de cualquier estado que fuese, saliese sin orden del real, so pena de la vida; y después mandó fortificar el campo, porque entendia estar allí algunos dias, aguardando respuesta de ciertos recados que se habían enviado á su Majestad; y así aquí le dejaremos para volver al marqués de Vélez, que estaba en Felix, diciendo primero el romance que sigue, alusivo á lo dicho en este capitulo pasado.

El de Mondéjar siguiendo
Al reyecillo malvado,
Corrió á Ojjar y Andarax;
Mas nunca pudo alcanzarlo,
Porque estaba Abenhumeya
Lejos de allí retirado.
Aunque muy pronto volvió,
Y en Andarax se ha alojado.
Allí tuvo su consejo,
Como ya habemos contado.
Llegó el marqués á Paterna,

Do halló un campo formado
De moros apercebidos,
Que le estaban aguardando
Para darle la batalla.
Si viniera en aquel llano,
Su campo ordena el marqués,
Como estaba acostumbrado;
La batalla le presenta
A aquel bando levantado.
Duzainas de un cabo suenan,
Y trompetas de otro cabo;

Grande rumor se sentía
De atambores por el campo.
Añiles y atabales
Atrás no se habían quedado.
La batalla se comienza
Muy sangrienta en cada lado.
Mas los cristianos son muchos,
Y su campo han mejorado:
Muchos matan de los moros
Con un valor estremado.
Los cuales salen guardando
Del pueblo que están guardando,
Y los cristianos los siguen

Con un furor no pensado,
Matando en aquel alcance
Muchos del morisco bando.
Saquearon el lugar,
Grande despojo han sacado
De allí se partió el marqués
Y en Ojja se ha alojado.
Do asentó bien su real
Por estar á buen recaudo.
Aquí de su rey aguarda
Que le venga otro mandado.
Porque no quiere sin orden
Que parta de allí su campo.

CAPITULO X.

En que se pone la batalla que el marqués de Vélez dió á los moros de Obanez, y que este mismo día las galeras que estaban en Almería saquearon el pueblo de Inox habiendo batalla.

Muy confuso y enojado andaba el buen marqués de Mondéjar al ver que por las demasias y el desorden de sus soldados estaba él reputado entre los moriscos de hombre de poca palabra, y que por esta causa todos ellos se hallaban determinados á jamás hacer ningun concierto de paz. Era esto tanto mas grave para el marqués, cuanto que su intento había sido siempre acabar por buena vía aquella rebelion, para evitar los grandes daños que della claramente se esperaban; y tenia razon para sentir mucho estas cosas, y las que agregaban de haber dado ocasion al levantamiento de los moriscos por el pregon de las pragmáticas hechas en daño dellos; de todo lo cual estaba el marqués exento de culpa, pues muchas veces juró por la vida de su señor el rey, y por el valor de su antigua nobleza, que era todo calumnia; y cuando jura deste modo un caballero tan principal se le debe dar crédito.

Entre tanto el valeroso marqués de los Vélez estuvo en Felix, después de haber dado la sangrienta batalla, hasta los postreros dias del mes de enero que mandó levantar el campo de allí, y que marchara la vuelta de un lugar llamado Obanez, sito al fin del rio de Almería, acia la parte de su nacimiento, muy pegado al principio de la nevada Sierra. El día siguiente á la salida del campo acudieron de aquellas montañas muchos de los moros que habían escapado de aquel rigoroso trance de la batalla: unos buscando á sus mujeres, otros á sus hijos, otros á sus hermanos, parientes y amigos; mas no encontraron allí mas que los huesos mondos de todos, roídos por los lobos, y aun los perros aquejados del hambre que apura á todos los vivientes. Los moros, horrorizados del grande estrago hecho por los cristianos, y al ver todo el lugar saqueado y quemado, y que no había quedado en él criatura viva, no pudieron dejar de prorumpir en triste y doloroso llanto, torciéndose las manos, y mesando las barbas y cabellos en fuerza del inmenso dolor. ¡Ay, hijos míos! decian unos; ¡ay, esposa mia! exclamaban otros, y todos llamaban en vano á las personas mas allegadas que habían perdido. Hasta los perros andaban ahuyentados por aquellos campos, sintiendo la falta de sus dueños, y acompañando con sus aúllidos el lamento de los moros, sin atreverse á entrar en el lugar para reconocer sus casas. Y por cierto me parece que fué demasiada crueldad la que los cristianos ejercieron en Felix, degollando á todos los vivientes, incluidas las criaturas de un año, bautizadas, y en quienes no podia recaer sospecha de culpa.

Prosigo pues diciendo, que el marqués de Vélez anduvo con su campo hasta llegar al Barranco-hondo, donde hizo alto una noche, y á otro día mandó aborcar á ciertos soldados, porque sin orden habían salido fuera. De allí fué al losado que dicen de Canjayar, y se detuvo otro día. En la noche que el campo llegó al losado, los moros de Obanez degollaron cruelmente á mas de treinta cristianos que tenian en su poder; lo cual se hiciera por consejo de una vieja mora, encantadora ó hechicera, que les dijo que sino degollaban aquellos cristianos, al punto serian vencidos y muertos, y que convenia hacerlo así por su remedio dellos, puesto que los del marqués habían degollado á tantos moros en Felix. Entre los cristianos que asesinaron

los de Obanez había dos ó tres doncellas, las mas hermosas de todo el rio de Almería; y á estas las degolló la misma vieja hechicera, que era natural de un lugar llamado Urraca en el rio de Almanzora, donde moraban los moriscos mas infames y perversos que tenia el mundo, segun declararemos mas adelante. Avisado deste triste caso el marqués se dolió profundamente, y mandó al sarjento mayor Andrés de Mora, que ordenase al campo pasar el rio que venia de Andarax, y se llama el rio de la Taha de plata; bizolo así el sarjento mayor, y después llegó al lugar de Canjayar, donde no había nadie; cerca de allí se encontraba otro lugar llamado Nicles, y mas adelante otro llamado Almanzora: todos estos pueblos ricos de ganados, de cera y miel, pero á la sazón sin moradores, por haberse juntado medianamente armados en Obanez, donde aguardaban al marqués para darle la batalla, fiados en el pronóstico de la vieja hechicera de Urraca.

Llegó el ejército á las cercanias de Obanez, y tomó posicion en una ladera muy ágría; los moros en gran copia se habían situado sobre unos tajos de peñas muy ásperos, adonde los cristianos no podian llegar sino con grandísimo trabajo. Visto esto por el marqués, mandó armar cuatro piezas de campaña que llevaba para tales ocasiones, y estando ya á punto de disparar, quiso que antes de todo el campo se hincase de rodillas é hiciese oracion. Concluida esta, mandó dar á todos el *Santiago*, disparando primero las cuatro piezas sobredichas, que hicieron tanto ruido que dejaron atronados aquellos valles y sierras, causando tanto terror en los moros, que de toda la muchedumbre situada sobre el tajo de peñas no quedó ninguno, comenzando á huir por aquellos caminos á cual mas podia, después de haber dado una carga de arcabuceria. Los cristianos comenzaron á subir á toda priesa en seguimiento de los moros aquella fragosa cuesta, en medio de la cual había un charco grande de agua clara, y algunos, agitados del calor, cansancio y peso de las armas, principiaron á beber; pero luego se movió gran vocería diciendo, que nadie bebiese de aquella agua, porque tenia tósigo. Sufrieron por esto la sed los soldados, y pasaron adelante hasta llegar al lugar, el cual comenzaron á saquear. Los moros que estaban dentro se salieron huyendo por aquellas huertas arriba; pero yendo en su alcance los cristianos mataron á muchos dellos, sin dejar á vida ninguna vieja, por acertar con la hechicera, á la cual encontraron al fin y la hicieron pedazos. Duró el alcance mas de cuatro horas, y siendo ya tarde, muchos cristianos se presentaron cargados de despojos y trayéndose muchas moras hermosas, pues pasaron de trescientas las que se tomaron allí; y habiéndolas tenido los soldados á su voluntad mas de quince dias, al cabo dellos mandó el marqués que las llevasen á la iglesia.

El día siguiente á la entrada del lugar fueron enterrados dolorosamente los cristianos degollados por los moros, y este día era el de Nuestra Señora de la Candelaria santísima. También en el mismo ocurrió que las galeras de Nápoles llegaron á la ciudad de Almería con muchos soldados, y don Garcia, gobernador de la plaza, trató con el general de las galeras, que se llamaba don Pedro de Leiva, que con ellas hiciera alto y muestra en aquella playa, que está á la vista de Inox y Guebro y de otros lugares cercanos, poniendo á la turquesca las antenas y tendaletes; en Almería se tocaria á rebato de la mar, dando luego fama de ser el socorro que venia de Arjel con armas y gente á los moros del reino de Granada. Hecho este concierto, las galeras se pusieron al instante á la turquesca, lo cual se reduce á llevar las antenas muy bajas, y en las puntas de las unas banderillas blancas y azules, con medias lunas pintadas: ardenes propios de soldados cosarios. Las galeras parecieron dos dias por aquellas playas, se tocó con gran priesa á rebato en Almería, y se echó la voz de que era de turcos aquella armada, y que venia á traer socorro á los moros granadinos, con cuyo motivo todos los que se

hallaban vecindados en aquellos lugares de la costa, especialmente los de Guebro, Torrillas y Dalías, se juntaron en Inox, porque estaba más á la mano, para que las galeras llegasen allí; y cuando en muestra de su regocijo comenzaron á hacer gran fiesta de zambra y bailes á su usanza, el escuadrón cristiano, que no fué perezoso para asir la ocasión por el copete, dió de improviso en la descuidada gente morisca apellidando *Santiago*, y comenzó á descargar en ella su arcabuceria con tanto estrépito que parecía hundirse el mundo. Dándose este asalto de noche y cogiendo á los moros dormidos, cuando se levantaron y vieron encima dellos tanta gente y tan bien armada, llenos de pánico terror comenzaron á huir para la sierra; en pos dellos iban las moras, habiendo cada una tomado lo que más estimaba como oro, plata, aljófár, ropas de seda y otras cosas ricas.

Al romper el día, las galeras parecieron por ardid en la mar muy cerca de tierra; y para que el golpe se diera á medida de su deseo, comenzaron á tocar añafles á la usanza mora, habiéndolo mandado así los capitanes. Los moros de Inox, viendo las galeras tan cercanas y oyendo el sonido de los añafles, pensaron que se acercaban para ofrecerles su amparo y recogerlos; por lo cual todos los que huían se alargaron á la playa del mar. Los de las galeras, al ver cumplido su intento y que el dado les pintaba tan bien, echaron al punto los esquifes y pusieron en ellos soldados y remeros vestidos á lo moro. Los moros y las moras que acudían dando gritos y huyendo de los cristianos que los perseguían, en llegando á la orilla del mar se metían á toda priesa en los esquifes, los cuales luego que se llenaban pasaban á dejar la carga en las galeras y volvían por más; desta suerte se cogieron gran cantidad de moros y moras, sin que advirtieran el engaño. Las galeras disparaban muchos tiros, al parecer contra los cristianos, y estos desde la tierra correspondían con las mismas apariencias de furor; pero como en los cañones y arcabuces no ponían más munición que la pólvora, todo aquel estrépito se redujo á un simulacro, que sirvió de armadizo para mantener el mayor tiempo posible en su engaño á los moros; de manera, que cuando llegaron á reconocerle ya habían caído en el lazo muchos, y de las moras especialmente quedaban muy pocas por embarcar.

Un turco desde las mismas galeras se lo dijo en arabigo, y al instante muchos de los que estaban ya en ellas se arrojaron á la mar, y como la tierra estaba cerca salían á la playa dando grandes voces y advirtiéndolo á los demás en la misma algarabía: «¿adónde vais, esclamaban, desdichados de vosotros, que os engañan? volved, volved pronto á la sierra, y no os acérquais á la mar.» Los que estaban todavía en tierra, oyendo el grito y viendo á los compañeros que salían mojados y tomaban la fuga, los siguieron sin detenense, y deste modo se salvaron muchos por la sierra. Los soldados, luego que conocieron que su ardid se había descubierto y estaban ya desengañados los moriscos, dieron el alcance á los que huían, y cogieron á cuantos pudieron, cautivando á las moras que quedaban en tierra, y de las cuales no escaparon seis. Las galeras, habiendo observado que no podrían ya embarcar más gente, recogieron los esquifes, y se hicieron á lo largo de la mar con su ópima carga. Luego los cristianos tornaron á Inox y le saquearon, sacando de allí grandes despojos de ropas y sedas; hecho lo cual se volvieron á Almería. ¿Quién pudiera explicar el llanto miserable que resonaba por todas las galeras de aquellas engañadas moras? Daba gran compasión oír sus alaridos despidiéndose de sus tierras, y no pudiendo apartar los ojos de las altas sierras de Inox, su clamor y el de los niños era tanto, que no se podía oír el pito del cómitre; y así llegaron á Almería, donde se repartió toda la presa, y las galeras, cogida la parte que les tocó, tomaron la vuelta de levante. Cuando estas llegaron á Cartagena vendieron gran número de los

moros y moras que llevaban; lo mismo hicieron en Mallorca, y por los demás puertos adonde arribaban, hasta Nápoles, donde despacharon el resto de la presa. Hé aquí la suerte desventurada de los moriscos de Inox y de aquellos lugares comarcanos.

Ahora conviene volver al marqués, que dejamos en Ohanez, y que repartió también entre sus soldados la presa que por su parte hicieron, quedando todos muy contentos. La noche que se entró en Ohanez el campo estuvo bebiendo sangre y agua, porque á la parte arriba del lugar fueron muertos muchos moros y moras junto al mismo arroyo que bajaba á él; y así se cumplió lo que dijo aquel moro viejo, célebre sabio de Granada, llamado Abenhanim, el mismo que por el ruego del rey don Pedro de Castilla declaró los pronósticos de Merlin. Dos días después desta rota de Ohanez le entró al marqués una compañía de cuatrocientos tiradores de Lorca muy lucidos, cuyo capitán fué el regidor de la misma Alonso de Leiva Marin; y estando mirando su excelencia con mucho gusto desde una ventana cómo pasaba el escuadrón, salió dél desmandada una bala, y fué á dar en el borde de la ventana, y si acertara á llegar un poco más arriba, allí matara al marqués, que se retiró disimulando el susto. Quiso el capitán hacer pesquiza sobre este hecho, pero jamás se pudo sacar en claro de dónde salió aquella bala, porque había otras compañías que al tránsito hicieron salva á la de Leiva. Aquí estuvo el marqués muchos días, durante los cuales tuvo nueva de que el de Mondéjar había saqueado á Andarax y todos aquellos pueblos de las Alpujarras; de lo cual le pesó mucho y á todo su ejército también, porque todos llevaban puesta la mira en pasar á Andarax, á Ojijar y demás lugares cercanos, donde ya no les quedaba que hacer ni que sacar. Por esto los soldados del marqués de Vélez comenzaron á salirse del real secretamente, y en tanto número, que cuando él dió en la cuenta ya le faltaba gran parte de su gente; y muy pesados de la deserción, recelando que el reyecillo le acometiese con ventaja en aquella sierra, mandó que el campo bajase al losado de Canjáyar por estar en llano, y para que la caballería pudiera pelear á su salvo con el enemigo, si acaso se presentase. De aquí también se le fué mucha gente, y de tal forma quedó reducido el ejército del marqués, que si entonces los moros le acometiesen, sin ninguna dificultad le desbarataran. Conoció el peligro notorio en que se hallaba, y escribió á Lorca para que le socorriera con gente, y castigasen á los que habían desertado de su real.

Ocurrió entonces en aquella ciudad un caso notable, porque el alcalde mayor della, llamado Arriaga de Alarcon, haciendo diligencias para juntar el socorro que le pedía el marqués, se escedió con un anciano hidalgo, dándole un golpe con la vara de una pica y descabrándole. Los hijos del agraviado, sintiendo como hombres honrados la afrenta de su padre, echaron mano á las armas, gritando: *muerá el traidor*, y no estando el alcalde bien quisto con la gente de Lorca, fué al punto acometido por más de mil muchachos, que le tiraron tantas piedras, que parecía lloviesen del cielo. Al ruido se movieron también muchos hombres gritando: *muerá, muerá*; de tal forma, que el pobre Arriaga tuvo que meterse y encerrarse bien en una casa para salvarse de la muerte. Este ruido tan endiablado costó después la vida á algunos, y á muchos el sacrificio de sus haciendas, habiendo quien pagara lo que no debía; y si su Majestad no concediera un perdón general, la mitad, cuando no toda la ciudad de Lorca, fuera destruida por la demasia de aquel imprudente y necio alcalde, que pudiera hacer su oficio, servir al rey y favorecer al marqués con gente, sin propasarse y causar alborotos. En fin, el marqués recibió socorro de Lorca, y además le entraron cuatro compañías de gente escogida y bien armada de Albacete y Chinchilla, con lo cual se holgó grandemente; y viéndose ya bastante reforzado, determinó atravesar las

Alpujarras, mandando levantar su campo, y yendo por la Taba de la Plata á Verja, lugar bueno y marítimo, donde mandó sentar su real, después de haberle fortificado para que el enemigo no le dañase. Quédese aquí por volver al marqués de Mondéjar, á quien dejamos en Orjiva, diciendo primero sobre el capítulo pasado el romance que se sigue:

Las tremolantes banderas
Del grande Fajardo parten
Para las Nevadas Sierras,
Y van camino de Ohanez.
¡Ay de Ohanez!
¡Ocho mil guerreros lleva,
Cada uno es como un Marte!
Llegan al Barranco-hondo,
Y allí al campo se hizo tarde,
¡Tarde, tarde!
Marcha el marqués á otro día
Cuando el sol al mundo sale,
Y á Canjáyar llega el campo,
Y su losado, que es grande,
¡Grande, grande!
El bando moro, entendiendo
Que el marqués viene á buscalte
Esta noche, echado ha suertes,
Por vez si podrá aguardarle,
¡Aguardarle!
Una mora echa las suertes,
Vieja mala mas que landre,
L'cuál dice que bien pueden
Dar batalla y esperarle.
¡Y esperarle!
Mas que primero den muerte
A los cristianos de Ohanez
Que tienen allí cautivos,
Y que su sangre derramen.
¡Ay, derramen!
Los cristianos fueron muertos
Por aquella gente infame:
Tres doncellas degollaron
Delante sus mismas madres.
¡Madres, madres!
En el real se supieron
Estas atroces crueldades,
Y juran de bien vengarlas
En dando el sangriento Marte.
¡Marte, Marte!
Otro día en la mañana
El campo marcha, y se parte;
Pasando primero el río
Para subir á Ohanez.
¡Ay, Ohanez!
Por una ladera arriba
Todo el campo se reparte,
Y todo el bando morisco
Hace de sí un baluarte.
¡Baluarte!
En un gran tajo de peñas
Hácese un escuadrón grande;
Mas el campo le dispara
Cuatro pelotás volantes.
¡Ay, volantes!
Desampara el bando moro
El peñasco, y de allí sale
Lluyendo para la sierra,
Mas le siguen el alcance.
¡Alcance!
Los valerosos cristianos
Que los siguen y dan mate,
Muchos matan de los moros;
Las moras no hay escaparse.
¡Escaparse!
Que todas fueron cautivas,
Sin mas poder remediarle,
Y también murieron muchas
Que no pudieron guardarse.
¡Ay, guardarse!
Tantos matan de los moros,
Que el río va tinto en sangre,

Y los cristianos la beben,
Que no pueden escusarse.
¡Escusarse!
Convínole aquí al marqués
Muchos días aguardarse,
Hasta que órden le venga
Dónde ha de ir, ó á qué parte.
¡Parte, parte!
Tantos días aquí estuvo,
Que su campo se deshace,
Y por esto le convino
Volver atrás al gran Marte.
¡Marte, Marte!
Al losado de Canjáyar
Se descende, por ser grande,
Y que la caballería
Por todo el llano se ensanche.
¡Ensanche!
A Inox en questo tiempo
Se saquea, y le deshacen,
Que soldados de Almería
Le siguen con crudo alcance;
¡Ay, alcance!
Soldados de las galeras
Se hallan en este lance,
Y por un taimado engaño
Van los moros á embarcarse.
¡A embarcarse!
Entienden que las galeras
Que parecen, son de paces;
Y así embarcan muchas moras
Que allí van á remediarse.
¡Remediarse!
Mas el engaño entendido
Quisieran desembarcarse,
Y no pueden los cutados
Del lazo desenlazarle.
¡Desenlazarle!
Las galeras á Almería
Se vuelven á solazarse,
Y allí reparten la presa,
Que es muy ópima y muy grande.
¡Y muy grande!
Las galeras hacen vela,
Y parten para Levante,
Llevando moros y moras
Que vender en cualquier parte.
¡Parte!
En este tiempo el marqués
A las Alpujarras sale,
Del losado de Canjáyar
Un domingo, ya bien tarde.
¡Tarde, tarde!
Porque le vino gran gente
De Albacete y otras partes,
Y de Lorca y de Chinchilla,
Que no pudo mejorarse.
¡Mejorarse!
Son todas cinco banderas,
Do vinieron á juntarse
Mil soldados bien armados
Para entrar en cualquier parte.
¡Parte!
Con esto sale el marqués,
Dando órden de que marchen
Por todas las Alpujarras
Con banderas y estandartes.
¡Estandartes!
Pásalas luego el marqués
Y en Verja quiso alojarse,
En donde le dejaremos,
Por escribir de otra parte.

CAPITULO XI.

En que se pone la cruda muerte del capitán Alvaro de Flores y la rota de toda su gente en Valor; asimismo la rota del capitán Farax y la muerte de los suyos en Pulpi.

Triste, confuso, muy enojado y aburrido estaba el buen marqués de Mondéjar, viendo que no podía apaciguar la rebelión, ni atajar la licencia de la gente de sus militares banderas, al paso que cada día los moros se rehacían de armas, y al reyecillo de instante en instante le entraban socorros de toda la raya de Málaga, de la sierra de Ronda y aun de Berbería, con tanta abundancia de armas, que ya estaban bien apercebidos casi todos los moros granadinos, y prontos para acometer cualquier caso de guerra. Estaba aguardando la órden que le enviara su Majestad para el fin de aquella lucha; y como no le faltaban émulos, se decía en la corte que por su descuido ó por falta de voluntad se dilataba la guerra, y se había dado tiempo á los moros para proveerse de armas, y mejorar su partido; así es, que por último mandó su Majestad al marqués, que dejase el ejército,

to, y se volviese á Granada, como diremos luego mas largamente en su lugar. El reyecillo, viéndose tan bien acompañado de tropas belicosas y en gran número, procuró hacer prontamente todo el daño posible á los cristianos, y para ello quiso al principio usar de una sagaz treta, la cual fué enviar al real del marqués de Mondéjar un morisco discreto y bien industriado, que le dijese cómo Abenhumeya estaba en Valor con mucho descuido y poca gente, presentándose allí la ocasión mas favorable de prenderle. El morisco que se escogió para este caso era tan astuto como aquel Sinon que fué enviado de parte de los griegos al bando troyano; y así, vistiéndose pobremente y mostrando el ánimo abatido, se llegó al real del marqués, trayendo en la mano una vara alta, y puesto en la punta un paño blanco como simbolo de paz. Luego que se dejó ver dieron aviso á su excelencia, que mandó le dejasen entrar; y en llegando se hincó de rodillas delante del marqués, y principió á hablarle desta manera:

¡Oye, inclito varón, valiente Marte,
De godos descendiente, sangre illustre,
Que eres la flor de España, y la mas alta
Después de aquel esceldo don Felipe
Que el cetro tiene della, y la gobiernas!
Ahora es tiempo, buen marqués esceldo,
Que acabes con la guerra en solo un punto,
Y allanes las banderas levantadas
De la morisca gente perniciosas,
Y quites las sangrientas crueldades
Que pasan en la guerra trabajosa,
Y escuses tantas muertes de cristianos
En todas estas sierras y Alpujarras.
Do van sin órden tuya, y donde mueren
A manos de enemigos levantados
Contra la fe católica de Cristo.
Podrás quitar, señor, los grandes llantos
De las mujeres tristes y los niños,
Las hambres y las sedes, y las muertes
Que pasan con la guerra luctuosa,
Durmiendo por la nieve frigidísima,
Pues no hay otros albergues mas seguros.
Los niños en naciendo allí se hielan,
Las madres no se escapan de aquel parto
En las nevadas camas las mezuquinas;
Y atento a estas cosas sin ventura
La paz desean todas, y con llanto,
Al cielo santo piden que las oiga.
Los tristes moradores de las sierras
Dicen al de Valor que haya paces,
Y esse ya la guerra sanguinosa,
Que no es para pasar tan triste vida.
El rey maldado á todo contradice,
Y dice que no traten mas en ello;
Si acaso alguno á esto le replica,
Al campo manda luego que le aborquen;
Y destes tiene ya muchos finados,
Sin que haya quien le rete lo mal hecho.
Queríanle matar, mas andan tímidos,
Porque el turquesco bando le engrandece,
Y guarda que á la ropa no le toquen;
Y así el morisco bando está aliado,
Y no sabe qué haga en este caso.
Desca para la guerra mas se enciende;
Dejar ninguno osa las banderas.
Por el temor que tienen de la muerte,
Marqués esceldo, illustre y poderoso,
Ahora está en tu mano dar remedio
A la morisca gente arrepentida.
Matando al reyecillo allí en Valor,
Seguro y descuidado de la guerra,
Durmiendo á sueño sueto entre sus colchas,
Que son de seda fina muy labradas.
Envía, buen señor, gente de guerra,
Y á un bravo capitán que allí le mate;
Que muerto este traidor, la guerra luego
Habrá un glorioso fin, y habrá mil paces.
Al punto todo el reino estará llano,
Los daños cesarán por todas partes,
Volverse han los moros á sus casas,
Daránle al rey Felipe grandes rentas,
Y tú, señor, en gloria deste caso
Serás eternizado por el mundo;
Serán los niños y mujeres tristes
En su descanso ya restituidos,
Y te darán inmensas bendiciones
Si propicio te prestas á su ruego.
Y si tú, ó marqués, no los remedias
Verás las Alpujarras destruidas,
Dentro de ella banderas africanas,
Y á España puesta en punto de perderse.
No des lugar, por Dios, á tantos males;
Favor y auxilio presta á quien le pide;
Ve tú en persona al caso, dale muerte
A aquel que es descendiente de Mahoma.
Tuya será la gloria deste hecho,
Tú solo la mereces, no otro alguno;
No envíes capitán que la pretenda.
¿Qué aguardas? Parte luego, marqués claro,
No tardes, que en tardarte está el peligro;
A Valor ve, y triunfa de tal gloria,
Pues Dios quiere que tú solo la goces.
Alegra todo el reino con tu ida,
Y en el Alhambra illustre la cabeza
Pondrás del reyecillo mal mirado,
Con una letra escrita, que así diga: